

Hacia el nudo de la tormenta humana

Joan Mesquida Sampol

Doctor en Derecho y Licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración

E-mail: jmesquida@protonmail.ch

Recibido: 1 de abril de 2020

Aceptado: 13 de julio de 2020

RESUMEN: La mayoría de los análisis acerca de la actual secularización y del retraimiento de las formas tradicionales de religiosidad no siempre corren parejos con propuestas concretas de cómo afrontar el reto de la Iglesia en salida que nos propone el papa. Este trabajo defiende que los ejes fundamentales de esa misión deben buscarse en el papel especial de los laicos, la centralidad del mensaje evangélico y la búsqueda de la cercanía con las personas que, aun sin saberlo, ansían encontrarse con Dios.

PALABRAS CLAVE: Iglesia en salida; Francisco; *Evangelii gaudium*; nueva evangelización; laicos; clericalismo.

Towards the eye of the human storm

ABSTRACT: Most of the analyses about the present secularization and the withdrawal of traditional forms of religiosity do not always run parallel with concrete proposals of how to face the challenge of the Church in departure proposed by the Pope. This work argues that the fundamental axes of that mission must be sought in the special role of the laity, the centrality of the Gospel message and the search for closeness to people who, even without knowing it, long to meet God.

KEYWORDS: Church which goes forth; Francis; *Evangelii gaudium*; new evangelization; laity; clericalism.

1. Introducción

A lo largo de estos últimos años he escrito diversos artículos en esta misma revista dando mi particular visión de los problemas y desafíos de la Iglesia y de la fe cristiana hoy¹. Recalco lo de particular pues en ningún momento he pretendido elaborar un análisis concienzudo y documentado del tema, sino ofrecer una perspectiva personal que posiblemente coincida con la de muchos otros creyentes y que puede llevar a una reflexión de la que, Dios mediante, salgan algunos frutos. Las sigilosas maniobras del Espíritu han hecho que estos artículos hayan tenido una agradable acogida entre un cierto número de creyentes, pero es justo decir que cuando ha habido alguna crítica a su contenido ha incidido siempre en la falta de propuestas más o menos concretas para salir del atolladero que en ellos describía.

Este artículo pretende ser un esbozo de por dónde debe avanzar, a mi juicio, nuestro esfuerzo por salir de esta crisis. Si existe una fórmula magistral para dar con la

solución definitiva confieso que la desconozco por completo, aunque no pongo en duda que exista. Como tampoco dudo de que, de existir, su mérito tendrá un origen más divino que humano.

Como ha ocurrido a lo largo de la historia, y así lo vemos reflejado también en el Antiguo Testamento, de Dios percibimos sobre todo su ausencia. Pero nuestra fe nos lleva a conocer que su acción es tan tenaz y continua como su discreción. Otra cosa es, sin embargo, que el pesimismo y las lamentaciones a menudo acaban siendo nuestro principal alimento mientras desdeñamos las oportunidades que Él nos va ofreciendo. No debe ser casual –¿cuándo lo es?– que retocando el último borrador de este artículo me encuentre envuelto en la ola de confusión y nerviosismo planetario provocado por la expansión mundial de la Covid 19 y sometido, junto a millones de personas, a un régimen de confinamiento inusual para una sociedad que ha hecho de la hiperactividad un estilo de vida. Pero lo más insólito quizás sea que, por primera vez en nuestra existencia, no podemos entrar en una Iglesia ni participar en una Eucaristía. En medio de esta pandemia, la Iglesia en salida que nos propone el papa Francisco en su programática exhortación apostó-

¹ Me refiero, entre otros, a “Evangelizar en la tierra del Dios olvidado” (*Razón y Fe* 2014, núm. 1393), “¿Puede ser hoy deseable creer en Dios?” (*Razón y Fe* 2018, núm. 1435) o “¿Para qué la Iglesia hoy?” (*Razón y Fe* 2019, núm. 1441).

lica *Evangelii gaudium* (EG) parece haber sufrido una sacudida inesperada. A la ausencia de Dios se suma el repentino apagón de esa parte más visible y comunitaria de la Iglesia: las misas, la liturgia, los sacramentos. Cuando dentro de unos meses previsiblemente esta situación anormal habrá remitido, es muy posible que cambie nuestro modo de ver a nuestros vecinos o a esa gente desconocida con la que nos cruzamos yendo al trabajo o en el centro comercial. Habrá que ver cómo será, también, la vuelta a los templos y a las parroquias tras una Pascua que se habrá vivido de forma muy distinta a todas las que hemos conocido. Creo, en todo caso, que lo que sigue a continuación, fruto de una reflexión anterior a la pandemia, pueda servir también en nuestro inmediato futuro post-Covid 19.

2. La Iglesia en salida

Si hay una expresión que define como pocas el objetivo de la antes citada exhortación apostólica es la que se refiere a una Iglesia en salida, pero para salir de un lugar, tan importante como saber a dónde se va es conocer desde dónde se sale. No nos compele el Santo Padre a dejar los templos y las parroquias más vacíos de lo que ya lo suelen estar, sino a entender la

parroquia de forma distinta, más como una casilla de salida que como una meta de llegada. Hablar de Iglesia en salida significa que la misión del creyente no es tanto atraer nuevos adeptos a la parroquia, como intentar acercarla a la gente que se encuentra fuera de ella. Que los que solemos vernos en el interior del templo los domingos nos hagamos visibles a los demás el resto de la semana, que se note nuestra presencia, pero sin molestar. Esto último es importante para no confundir esa presencia con una campaña publicitaria, con carteles y autobuses portando eslóganes provocativos. Como nos recuerda el Papa, la Iglesia, cuando realmente crece, no lo hace por proselitismo sino por atracción (EG 14).

Esto explica que la propuesta de la *Evangelii gaudium* consista, básicamente, en hacernos salir de nuestra rutina, de los circuitos normales de cada comunidad parroquial para llegar algo más lejos, aunque suponga salir de nuestra zona de confort. Una situación incómoda a la que no estamos acostumbrados, entre otras cosas porque el entorno en el que nos moveremos puede resultar hostil. Y ello puede ocurrir incluso cuando nuestros interlocutores sean aquellos que Fabrice Hadjadj denomina “des-cristianizados”, personas que ya

creen saber quién es Cristo y que por esa razón no van a tener interés alguno en escucharnos². Pero, como a nadie le gusta que le den con la puerta en las narices, al final son muchos los creyentes que a la hora de la verdad demoran esa salida y dedican su tiempo a lamentar la suerte de haber nacido en una época oscura y desangelada. Ese suele ser nuestro primer y más habitual error.

Esta situación se da porque muchas veces concebimos la misión evangelizadora como una tarea excesivamente humana, cuando la realidad es que en esta misión hay poco margen para la planificación y el cálculo, siempre tan queridos por los homínidos, y mucho espacio para esa improvisación que tanto suele gustar al Espíritu Santo. Es por eso que no nos queda otra que aprender a dejarnos “llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera” (EG 280). Por parecidas razones tampoco conviene olvidar aquello que advertía san Pablo, que curiosamente para estas tareas “Dios ha escogido más bien a los que el mundo tiene por

necios para confundir a los sabios” (1 Co 1, 27).

Así que, cuando nos encontremos ante la mirada curiosa de nuestros congéneres, no es una buena decisión intentar pasarnos de listos ni medir nuestro éxito por las adhesiones expresas ni por el número de bancos ocupados en la iglesia. Solo Dios puede percibir en su plenitud la transformación en los corazones de aquellos a los que nos acercamos, y solo Él sabe hasta dónde llega la semilla que hemos contribuido a sembrar. Si queremos evaluar nuestro éxito, el parámetro que debemos tener en cuenta es el grado de confianza personal que mantenemos en el Espíritu y que se refleja en nuestro ardor misionero y nuestra alegría. San Juan Pablo II así lo indicaba en relación con la evangelización de las personas que no han conocido a Cristo, pero sin duda ello es aplicable también a los que, en nuestro entorno, se han olvidado de Él o ha quedado como un leve recuerdo de su infancia: “Al anunciar a Cristo a los no cristianos, el misionero está convencido de que existe ya en las personas y en los pueblos, por la acción del Espíritu, una espera, aunque sea inconsciente, por conocer la verdad sobre Dios (...). El entusiasmo por anunciar a Cristo deriva de la convicción de responder a esta

² Cf. F. HADJADJ, *¿Cómo hablar de Dios hoy? Anti-manual de evangelización*, Nuevo Inicio, Granada 2013, p. 30.

esperanza, de modo que el misionero no se desalienta ni desiste de su testimonio, incluso cuando es llamado a manifestar su fe en un ambiente hostil o indiferente”³.

3. Las manos vacías

Nuestra casilla de salida en esta aventura es, por tanto, doble. Debemos partir desde nuestro espacio interior en el que habita ese Espíritu Santo que enciende el fervor misionero, imprescindible para poder salir de verdad, sin miedo ni vergüenza. Pero salimos también desde la parroquia o de nuestro particular centro comunitario como forma de cumplir el mandato de Jesús de anunciar su evangelio. Y para ello es importante recordar que, al igual que hacía el Señor con sus primeros discípulos, se nos manda salir con las manos vacías (Mt 10, 9-10).

Presentarnos así es importante para dejar claro a las personas con las que nos vamos a encontrar que nosotros no somos aquello que buscan, pero sí que podemos ser para ellos un indicio de su cercanía, pues de lo que se trata es,

precisamente, de hacer notar a nuestro alrededor la presencia de Jesús. El auténtico testigo es aquel que habla más de Él y menos de sí mismo⁴, de ahí que el anuncio del que somos portadores pueda ir precedido por el silencio o por un simple gesto hacia el marginado, el débil o el excluido. Nuestras manos vacías ayudan a no distraer y a focalizar la atención hacia lo que es importante: Dios.

Una de las grandes tentaciones de todo evangelizador es la de actuar como un vendedor de Biblias, mostrando a su oyente todo el conjunto de verdades de fe que le ha sido transmitido, en lugar de centrarse en aquello que es fundamental: que Jesús está entre nosotros porque quiere mostrarle que su vida es única y que tiene un sentido que supera toda la realidad que pueda conocer. Es evidente que todas las verdades de nuestra fe –se encuentren o no en la Sagrada Escritura– son importantes, pero el evangelizador debe saber que no lo son en igual medida (EG 36). No entender esto da lugar a errores y desviaciones que determinan no solo el fracaso de nuestra misión sino también la

³ *Redemptoris missio* (1990), 45 [consultada en http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_07121990_redemptoris-missio.html].

⁴ J. GARRIDO, *La hora del laicado cristiano. Una propuesta*, Sal Terrae, Santander 2016, 184.

descomposición de nuestra propia esperanza.

Otro de los errores frecuentes es el de entender la fe cristiana como un código moral. En el otro extremo, en cambio, se podrían situar aquellos que la entienden como una terapia espiritual ancestral pero que no exige ningún tipo de compromiso al que la sigue. La moral es importante y Jesús dejó muy claro que guardar los mandamientos es fundamental si uno aspira a la vida eterna (Mt 19, 17), pero reconozcamos que entrar a saco con ellos no es la mejor forma de anunciar su Buena Nueva. Como apunta Hadjadj, antes de decir a alguien qué debe hacer, es importante revelarle quién es en realidad⁵. Antes de explicar que existe un Dios salvador, esa persona debe ser consciente del Dios creador, Aquel cuya presencia familiar habrá ido percibiendo, en lo más íntimo de su ser, a lo largo de su vida.

Es importante tener esto bien claro: el desafío del creyente no es llenar las parroquias ni combatir el auge del ateísmo o de la actual secularización. Su desafío es responder a la sed de Dios de personas concretas con las que se encuentra, en la confianza de que el Espíritu

⁵ Cf. HADJADJ, *op. cit.*, 94.

Santo actúa directamente en esas personas para que esperen a Dios, para que lo ansíen, aunque sea de forma inconsciente. Es importante estar plenamente convencidos de esa acción del Espíritu, pues solo así seremos capaces de responder a esa ansia en los demás, a la vez que sentiremos cómo actúa también sobre nosotros avivando nuestra fe (EG 265).

4. El lugar de los laicos

Un aspecto importante en esa salida a la periferia es el papel que pueden jugar en esta tarea los laicos. Esta importancia se entrevé ya en los documentos del Concilio Vaticano II en los que se define la vocación del laico en el mundo⁶. Estos, según la *Lumen gentium*, “están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento. Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza

⁶ Cf. Capítulo IV de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*. Retoma este magisterio la exhortación apostólica de Juan Pablo II, *Christi-fideles laici*, 1988.

y la caridad" (LG 31). Parece claro pues, a la luz del Magisterio, que el laico juega con cierta ventaja, al ser esa periferia que hay que evangelizar, su entorno natural. Así, en aquellos lugares donde existen creyentes, los laicos son la avanzadilla, el "fermento" que penetra con sigilo y actúa transformando la realidad santificándola. Desgraciadamente, sin embargo, en la práctica nada de todo esto está tan claro.

Hasta donde yo conozco, en las parroquias o comunidades en las que se habla de dar un mayor protagonismo a los laicos, tal propuesta surge siempre como un intento de superar el abatimiento que supone la manifiesta falta de vocaciones ministeriales. La misión del laico parece ser, al final, la de suplir al sacerdote en aquello que pueda y se encuentre canónicamente legitimado, lo cual no es en sí mismo malo si no es porque con ello descuida su verdadera vocación. Aunque en las dependencias parroquiales el laico ejerza una labor importante, allí su fermento no actúa. Aligerará la carga del presbítero, pero apenas contribuirá a transformar el mundo. Siguiendo con el símil anterior, la levadura actúa cuando está en la masa de harina y agua, no cuando se queda en la despensa. El compromiso que debe asumir el

laico cristiano debe darse, prioritariamente, en la vida ordinaria⁷.

Por esa misma razón, tampoco aportan demasiado fermento evangelizador las reivindicaciones de un lugar más preponderante de los laicos en la jerarquía de la Iglesia. En algunos casos puede tener un efecto positivo, pero puede ser también perverso cuando este papel es perseguido como un objetivo en sí mismo, corriendo el riesgo de creer muy equivocadamente que la jerarquía es más importante que la santidad⁸.

En consecuencia, dar al laico cristiano una mayor relevancia en la tarea pastoral y misionera no ha de pasar por clericalizar al laico comprometido, sino por reconocer su madurez y su capacidad de discernimiento en medio del mundo. Pero esa madurez no es congénita ni se da de un día para otro. La madurez de laico se alcanza, en primer lugar, en la medida que persevera en su propio crecimiento espiritual a través de la oración personal e íntima con Dios (Mt 6, 6). Sin momentos detenidos de adoración, de diálogo sincero con el Señor, inevitablemente nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor misionero se apaga (EG 262).

⁷ J. GARRIDO, *op. cit.*, 183.

⁸ Cf. HADJADJ, *op. cit.*, 137.

Pero esa espiritualidad no puede crecer si no es con el encuentro orante con la Palabra, lo que nos lleva a resaltar también la importancia de la formación del laico. Es muy difícil sostener una fe madura si la fundamentamos únicamente en aquello que nos contaron en nuestra infancia. Aunque nuestra fe trascienda la razón, en muchos aspectos es una fe razonable y debe ser razonada para ser creída, más teniendo en cuenta que vivimos en un entorno racional en el que las premisas –de la naturaleza que sean e incluyendo, por tanto, también las religiosas– deben ser susceptibles de ser cuestionadas y sometidas a la crítica. No se trata de poner en duda todo aquello que creemos, sino de que nuestra fe –parafraseando a san Anselmo– nos sirva para entender la realidad física y cultural que nos rodea, y por eso debe ser una fe razonable. Una cosa es que la fe sobrepase la razón, y otra muy diferente es que sea contraria a ella. Empecinarse en creer en contra de la razón, como afirmaba Benedicto XVI, solo puede desembocar en el fideísmo⁹.

Debemos recordar que esa razonabilidad de la fe es también un requisito para nuestra tarea misio-

nera, pues si la fe no es razonable, difícilmente podremos dar razones de nuestra esperanza a aquellos que nos interroguen (1 Pe 3, 15). No podemos olvidar que, a diferencia de otros momentos de la historia, hoy es tremendamente fácil no creer en Dios¹⁰. La incredulidad o, en el mejor de los casos, la simple indiferencia hacia la experiencia religiosa, es la opción por defecto de la mayoría, de tal manera que suele ser el que se presenta como creyente quien debe dar explicaciones de su opción a los demás. Explicaciones que no deben confundirse con el proselitismo. No se trata de persuadir a los demás, sino de atraerlos sobre todo con la fuerza de nuestro testimonio. Ello implica la necesidad de ofrecer un testimonio visible –no podemos dejar nuestra religión tras la puerta de nuestra casa, en nuestra intimidad hogareña–, coherente con aquello que afirmamos creer y apoyado en razones que podamos explicar.

La importancia del testimonio personal es fundamental pues, como recuerda Rod Dreher, “los primeros cristianos no atraían conversos porque sus argumentos fueran mejores que los de los paganos, sino porque la gente veía en ellos

⁹ Benedicto XVI, Audiencia general (21 de noviembre de 2012).

¹⁰ Cfr. C. TAYLOR, *La era secular*, tomo I, Gedisa, Barcelona 2014, pp. 36-40.

y en sus comunidades algo bueno y bello, y lo anhelaban”¹¹. Pero de la misma forma que las razones sin el testimonio resultan inocuas, es difícil pensar que nuestros testimonio llevará a nuestros testigos al camino del evangelio si no hay, junto a aquel, el anuncio de Jesús. Debemos reconocernos en las palabras de Scott Hahn cuando advierte que “ninguno de nosotros vive la Buena Nueva con tal sinceridad y pureza que el mero testimonio de nuestra vida baste para acercar la gente a la fe”¹².

5. Sumergirse en la tormenta humana

Aun incorporando la Palabra, el aspecto más importante del testimonio eficaz es que debe ser cercano. La proximidad es la clave del testimonio misionero. Sin quitar ni un ápice de mérito a la acción directa del Espíritu, cuando la fe se trasmite por mediación humana, este contagio se realiza solo por contacto directo con el que ya es “portador” del Espíritu. Si no hay cercanía, si no hay un gesto,

un apretón de manos o incluso un abrazo firme y sincero, no hay transmisión. De ahí la importancia de mantener una actitud decidida a salir de nuestra zona de confort y mostrar nuestras cartas, aunque ello suponga sentirnos desnudos y desprotegidos frente a desprecios y miradas condescendientes de algunos. Aun así, cuando menos lo esperemos, alguien habrá que se contagie de nuestro entusiasmo.

Es verdad que hoy, como dice Taylor, la indiferencia es la opción fácil, pero no es menos cierto que existe una legión de personas espiritualmente inmunodeprimidas. Personas con sed de Dios, de sentido, de razones que iluminen mínimamente su vacío, su desorientación, su dolor o su enfermedad. No se trata obviamente de abalanzarnos sobre ellas como si fuéramos miserables carroñeros en busca de las presas más débiles, sino de hacernos cercanos a estas personas, de que nos vean como una oportunidad, como una puerta abierta a la que poder acceder libremente, sin compromiso alguno ni condiciones previas. ¿No era esta acaso la estrategia de Jesús? Él no se anunciaba en los pueblos como sanador o taumaturgo, ni buscaba a tullidos y leprosos a los que sanar para poder así captar adeptos. Al contrario, su testimonio iba dirigido a todos aquellos

¹¹ R. DREHER, *La opción benedictina. Una estrategia para los cristianos en una sociedad postcristiana*, ediciones Encuentro, Madrid 2018, p. 152.

¹² S. HAHN, *La evangelización de los católicos. Manual para la misión de la Nueva Evangelización*, Palabra, Madrid 2015, 43.

que querían escucharle, sin perjuicio de que prestara especial atención a los que se atrevían a dar el paso y pedir su ayuda, aunque solo se atrevieran a tocar su manto (Mt. 9, 21).

Es evidente que la pobreza espiritual, la situación de miseria interior en la que viven muchas personas de nuestro entorno, en ocasiones se encuentra relacionada con la pobreza material y con la exclusión social. Ello nos lleva a tener que penetrar en aquello que el papa Francisco denomina el nudo de la tormenta humana, a vernos cerca de la carne sufriente de los demás, lo que no deja de ser sino una expresión de las propias llagas del Señor (EG 170). Seguramente es la parte más difícil de la experiencia misionera, pero solo venciendo la tentación de mantenernos a distancia podemos acceder a esa proximidad que nos desvela la ternura de las miradas y los gestos del que sufre apartado de los demás. Una ternura en la que, y esto es importante, hallamos ese amor que nos hace crecer también interiormente a nosotros y nos acerca a Dios¹³. De ahí, una vez más, la importancia del cultivo de un espacio de intimidad

con Dios, de oración y de silencio, para vencer cualquier tentación de alejamiento y de prudencia malentendida que nos impida lograr esa cercanía contagiosa y fructífera con los demás.

Es en esa tormenta humana, en esa periferia existencial en la que tantas personas se hallan desorientadas hoy, el lugar en el que debemos centrar nuestra misión que, como ya hemos dicho, consiste inicialmente en estar ahí, en que nos sientan cercanos. Una tormenta que, como ocurre con los fenómenos meteorológicos, puede aparecer en cualquier lugar, en la casa del vecino, en nuestro lugar de trabajo, en el polideportivo al que llevamos a los niños o en el centro para mayores del abuelo. Puede ser una tormenta latente, imperceptible para la mayoría, pero que la sentirá aquella persona que esté dispuesta a renunciar a su cómodo cobertizo y a acercarse a lo más hondo de la penuria humana, pues sabe que no estará solo, sino acompañado por el Espíritu que habita en él y con el que pasa tiempo de íntima oración y diálogo. Solo esa combinación activa y orante, de acción y contemplación, puede mantener ese fervor misionero al que estamos llamados y que refuerza, a la vez, nuestra condición de seguidores de Jesús.

¹³ A juicio de Hahn, la debilidad de la fe de muchos católicos puede venir motivada, precisamente, por su resistencia a compartirla: Cf. HAHN, *op. cit.*, 55.

Como vemos, al final esa salida hacia la periferia acaba re-dirigiéndose a nosotros. Es importante reconocernos en ese movimiento, sobre todo en los momentos en que el fervor se debilita, algo que más de una vez sucederá, y recordar entonces aquellas palabras de san Pablo: “Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de vanagloria; se trata más bien de un deber que me incumbe. ¡Ay de mí si no predico el Evangelio!” (1 Co 9, 16). Una exclamación en la que el apóstol nos recuerda la necesidad de evangelizar para ser salvados. A los increíentes, a los ateos o a

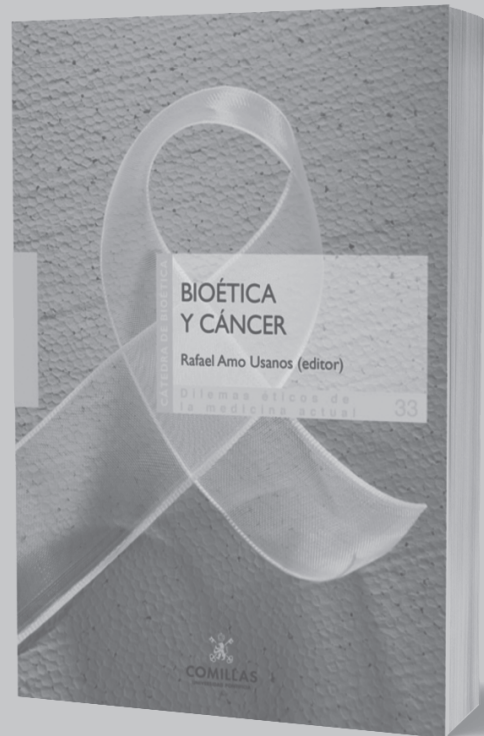
los descristianizados, Dios podrá salvarlos o no, pero en ningún caso ello dependerá de que los evangelicemos nosotros. Paradójicamente, nos recuerda Hadjadj, los cristianos sí tenemos esa necesidad de evangelizar para ser salvados¹⁴. Esto no debería sorprendernos si somos capaces de aceptar que evangelizar es el mayor acto de amor, porque es mostrar al que está cerca de nosotros quién es realmente y hasta qué punto es amado por el Creador por ser simplemente como es. Y es que, como creyentes, esta es nuestra única razón de ser. ¡Y ay de nosotros si no somos capaces de vivirlo así! ■

¹⁴ HADJADJ, *op. cit.*, 118.

Bioética y cáncer

Rafael Amo Usanos (ed.)

Este libro aborda los problemas fundamentales de la bioética en el caso concreto del cáncer (la autonomía del paciente, el consentimiento informado, la relación sanitario paciente, etc...), integrando varios modelos bioéticos: desde el principialismo hasta la ética narrativa, pasando por la ética del cuidado o de la responsabilidad y de la solidaridad.



Bioética y cáncer

Ettore Rocca

ISBN: 978-84-8468-833-4
Universidad Pontificia Comillas
2020.



SERVICIO DE PUBLICACIONES

edit@comillas.edu

<https://tienda.comillas.edu>

Tel.: 917 343 950